

IGLESIA: MISTERIO DE COMUNIÓN

Francisco Palau participa de la doctrina sobre la Iglesia de su tiempo, pero siempre está presente en su experiencia espiritual, su actitud de donación total, que enriquece y llena de vida lo que conoce intelectualmente.

La exclaustación marca un hito importante en su experiencia eclesial. Descubre a la Iglesia como la *encarnación y el símbolo de la religión perseguida*. Son atacados los cimientos institucionales de la Iglesia. Es una Iglesia martirial por la que él quiere entregar su vida como prueba de su amor. Los inicios de su actividad pastoral refuerzan su visión de Iglesia martirial.

La actividad pastoral, a su vez, le aporta una nueva visión de Iglesia; es el pueblo de Dios que camina entre luchas y dificultades. En esta Iglesia él se presenta como *mediador y misionero* ante los enemigos. Más tarde interpretará este momento como una ofrenda de su vida "*Testimonio de mi amor para mi Amada*"

El exilio en Francia ahonda esta visión un poco catastrófica que tiene de la Iglesia. Toma conciencia de los dos enemigos de la iglesia, los que abiertamente la persiguen y la corrupción moral de los que dicen defenderla.

La soledad de Francia también marca un hito en su experiencia. Descubre que la Iglesia es la preocupación dominante de su vida. *Se ha concentrado el amor ideal de su existencia*. La Iglesia impregna toda su existencia, como objeto de meditación-oración y como objeto de servicio apostólico. Comienza a integrar amor a Dios y amor al prójimo.

Todo este proceso se consolidará en los años de soledad de Ibiza. Allí tiene lugar la verdadera transformación y maduración de la experiencia. En principio continúa considerando a la Iglesia como "sociedad perfecta", pero se va abriendo paso la experiencia de la Iglesia Cuerpo del que Jesús es la cabeza y nosotros los miembros: "*Al mismo tiempo comienza a mirar, a contemplar y meditar en Jesús crucificado, el cuerpo moral suyo que es la Iglesia llagada por las herejías y errores y pecados... negocia en el cielo la cura y el alivio de Jesús paciente en su cuerpo místico crucificado.* (Cta. 39, 7 pág. 1083)

Hasta que: **En 1860, con gran sorpresa mía, empezaron las relaciones con mi cosa amada...**: "*Por fin pasados cuarenta años en busca de ti, te hallé...*" (M.Rel. 22, 17 pág. 968) "... y bastó un día una sola palabra salida de sus labios para que mi corazón la conociera..." (M.Rel. 10, 16 pág. 871) Recibe una gracia especial y, a la vez que se le manifiesta abiertamente el misterio de la Iglesia, se le desvela su misión en ella: "*Para mi estos últimos días en Palma y Ciudadela son y serán memorables, porque el Señor se ha dignado fijarme de un modo más seguro el camino, mi marcha y mi misión. El Señor me ha concedido en la Iglesia catedral de ésta lo que 14 años había, le pedía con muchas lágrimas, grandes instancias y con clamor de mi espíritu. Y era conocer mi misión*". (Cta. 57, 2 pág. 1114) A raíz de sus significativas experiencias apostólicas se produce en su ánimo una nueva orientación espiritual que modifica, tanto el sentido como el contenido de su trayectoria. El amor al prójimo se muestra conciliable con el amor a Dios. Al alternarse situaciones de oración con otras de servicio van preparando

esa armoniosa compenetración. Ahora vive ambos aspectos no, como alternativas, sino como conjunto unitario, en el plano real.

Ahora voy a entrar en otro período de mi vida... *Ahora entro en un nuevo modo de proceder que me es enteramente desconocido, y para lo que necesito oración;... y consiste en que, hallada la cosa amada, no teniendo el espíritu sus fuerzas ocupadas en buscarla, estas se han de dirigir a servirla...* (M.Rel. 8, 24. pág. 816)

NACE DE LA COMUNIÓN TRINITARIA

El Padre lo primero que descubre de manera experiencial no es el origen trinitario del misterio de la Iglesia. Los credos eclesiales y las alusiones a la Trinidad se van dando y van madurando según avanza el proceso. Lo colocamos en primer lugar para mantener un orden lógico, partiendo de la fuente de la comunión que es la Trinidad.

El origen de la Iglesia se encuentra en el misterio trinitario, en el misterio de Dios-amor: amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por eso decimos que la Iglesia es obra de la Trinidad, de la omnipotencia del Padre, de su capacidad creadora; de la sabiduría del Hijo, de su compañía, de su entrega y de la transformación del Espíritu Santo, de su creatividad, de su acción permanente. En el Credo eclesial encontramos una manifestación más elaborada de este pensamiento: la presencia de las personas de la Trinidad dando vida, crecimiento y soporte a la Iglesia. “...en ti, contigo y por ti obra Dios Trino y Uno, y fuera de ti no hay salvación, vida ni felicidad, sino agitación y tormento eterno. Esto es lo que yo creo de ti.” (M.Rel. 22,20 pág. 971); M.Rel 10, 5. art. 9º del credo eclesial, pág. 866; M.Rel 2,9. pág. 754-755; M.Rel. 11, 4.6-10 pág. 878-879)

Con trazos más íntimos nos narra qué significó para él la experiencia de este misterio. Podríamos extendernos en muchos matices. Vamos a centrarnos en dos matices que van: uno en la *dirección mística: Teofanía trinitaria*; el otro *del misterio al testimonio: La imagen del espejo*.

Teofanía trinitaria: Nace de una experiencia orante y recuerda la narración de Ap 21,9-27, la Jerusalén celeste: “*Mi espíritu se elevó a la contemplación de la Jerusalén celeste; se llenó todo el monte de gloria. Y el Padre, haciendo oír su voz, dijo: «Esta es mi Hija y tu Hija». Y el Hijo: «Esta es mi Esposa y tu Esposa». Y el Espíritu Santo: «Yo soy el amor del Padre y del Hijo, y soy el lazo que te tendrá unido por gracia y por amor con la Hija de Dios y con la Esposa del Cordero»* (M.Rel. 2, 9 pág. 754). Palau no se conformaba con saber cosas, las oraba, las rumiaba hasta hacerlas experiencia de vida, no es el misterio trinitario “sabido”; en la soledad del monte se encuentra envuelto en el misterio trinitario; es el misterio experimentado en su vida.

Imagen del espejo: Es una larga narración en la que el Padre se recrea. La encontramos en las últimas páginas escritas en el Vedrú en 1867 (M. Rel. 22, 32. pág. 976): La Iglesia es imagen de la Trinidad: La Iglesia es una en Dios trino y uno y refleja la belleza de la trinidad. La presencia de la Iglesia experimentada por la fe, produce “*el amor perfecto entre los dos amantes; y los dos son el espejo donde mira Dios Trino y Uno su imagen*”. Ser imagen de la Trinidad, ser espejo donde la Trinidad se mira tiene para él exigencias fuertes: “*Yo soy en ti esa imagen. En ti soy viva... en ti soy una amante, porque en ti hay amor; en ti, contigo y por ti hablo, oigo, entiendo, amo*”. (M.Rel. 22,28 pág. 974) Francisco Palau se experimenta a sí mismo como un

instrumento de la Iglesia para hacer presente el rostro del amor trinitario a la humanidad, por él y con él, la iglesia continua hablando, escuchando, amando...

IGLESIA: DIOS Y LOS PRÓJIMOS – CUERPO MISTICO DE CRISTO

Francisco Palau utiliza las dos imágenes: Dios y los prójimos y Cuerpo de Cristo, para expresar una misma realidad misteriosa: todos formamos parte de un mismo cuerpo, todos estamos unidos indisolublemente con Dios Padre, por su Hijo Jesucristo, con la gracia y la fuerza del Espíritu; todos somos hermanos en Cristo y todos somos responsables de que la fraternidad universal se acreciente y haga más visible, para hacer más creíble la presencia del Reino en nuestro mundo. *Yo soy Dios y los prójimos. (M.Rel.20, 9 pág. 948) Dios y los prójimos es nuestra cosa amada; Dios con los prójimos, y los prójimos en Dios forman un cuerpo moral perfecto, y este cuerpo es la Iglesia. (M.Rel.11, 2 pág. 877)*

En el desarrollo de la Iglesia Cuerpo Místico de Cristo, Francisco Palau, sin duda, bebe en las fuentes bíblicas paulinas, básicamente en **1Cor 6,12-20: 12,12 Rom 12, 3-8 10, 16-17**. Pablo desarrolla la doctrina del cuerpo de Cristo en una triple dimensión que también encontramos en Palau: cuerpo histórico, cuerpo místico, cuerpo eucarístico.

Cuerpo histórico de Cristo: Pablo se refiere al Cristo histórico, salvador y Redentor, para designar a la humanidad redimida. En **1Cor. 6, 12-20** y **12, 12**, Pablo está en la primera fase de su pensamiento que más tarde profundizará. Este es un contexto de orden práctico-moral, explica cómo ha de comportarse el que es miembro del cuerpo de Cristo y ha sido redimido por su sangre. Cristo es el salvador de todo el cuerpo (**Col. 3,15**), en él han sido reconciliados todos los pueblos por la sangre de la cruz (**Ef. 2,16**). Por el Espíritu el cuerpo de Cristo en la Cruz se dilata en el cuerpo de la Iglesia; en ella se manifiesta como humanidad redimida que adquiere en Cristo su forma de actuar en el mundo. (**Ef. 4, 4-6**)

A este cuerpo sufriente de Cristo se refiere el Padre en repetidas ocasiones (**Cta. 6, 4.7 pág. 998-999**) *Ora a ratos por las necesidades del cuerpo llagado de Jesucristo. (Cta. 38,11 pág. 1080) Principiar en la meditación de Jesús crucificado, mirando en su cuerpo físico el místico y moral de toda su Iglesia.* Es un primer paso en el conocimiento del Cuerpo de Cristo en el que ya se abren horizontes más amplios de comprensión. Además de referirse a este cuerpo humano, sufriente, Francisco Palau también nos habla de este cuerpo humano, histórico de Cristo, en una dimensión cósmica, como centro de todo lo creado, como centro del universo. *«La humanidad de Nuestro Señor Jesucristo es el cuerpo más noble de todos, con tal excelencia, que reúne él solo en sí toda la perfección corporal del sol, de las estrellas y de todos los cuerpos celestes juntos, y por esta razón le compete ocupar el centro de toda la materia creada, recibiendo ésta su claridad, su luz, toda su nobleza y preciosidad de su Humanidad y por estas sus dotes, atributos y perfecciones, entra en el orden del universo que la Humanidad de Ntro. Sr. Jesucristo ocupe su centro, como verdadero sol de justicia. (Lámina 21, 5 pág. 710)*

En las cartas paulinas también aparece con fuerza la dimensión cósmica de la Iglesia: Cristo no sólo es cabeza de la Iglesia sino de todo el cosmos, de todo el universo, por eso sus fronteras coinciden únicamente con las del cosmos. En Cristo y por Cristo el

universo todo es restaurado en la Iglesia, por El nos viene la salvación. La Iglesia es mediadora. A través del cuerpo del Señor y su cabeza, Cristo, pasa la gracia y fluye la corriente de vida verdadera, incluso a la creación ignorante de la redención. Hemos descubierto muy tarde el engranaje de la creación redimida, pero hoy va cobrando fuerza y crece la responsabilidad del respeto a la creación como obra de Dios, también liberada por Cristo *“Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto...esperando ser liberada”* (Rom 8,22). *Donde está la Cabeza, se han de colocar los miembros, donde esta Cristo, esta su Iglesia... habiendo sido éstas (las criaturas) criadas para su servicio, recreo, adorno y embellecimiento»* (Lámina 21, 5 pág. 710).

Cuerpo místico: La identificación de la Iglesia en cuanto comunidad de los creyentes con el cuerpo de Cristo, aunque se vislumbra en 1Cor 12, 27-28 se encuentra definida en Col 1, 18; Ef. 1, 22-23. Cuando Pablo designa el Cuerpo de Cristo como Iglesia acentúa la existencia de esa multitud de redimidos considerada como una comunidad, organizada, con unidad íntima, como persona viva. Pablo insiste en la íntima e indisoluble unidad de Cristo con su Iglesia; esta unidad se expresa en la diversidad de lenguas, culturas, misiones a realizar. Como los miembros del cuerpo humano que son muchos y diversos, así sucede con los miembros del Cuerpo de Cristo: *“El hace que el cuerpo crezca, con una red de articulaciones que le dan armonía y firmeza, tomando en cuenta y valorizando las capacidades de cada uno. Y así el cuerpo se va construyendo en el amor. (Ef 4,16)* Esta imagen de cuerpo implica unidad de ser y de vida. Al mismo tiempo, diversidad de miembros y elementos. Jesús, al apropiarse de nuestra dimensión humana nos elevó a nueva comunión sobrenatural, cuyo centro es Él, quien con su muerte manifiesta, transparenta, más que nunca, el rostro de Dios.

El **ser** de la comunidad viene totalmente de Cristo y ella existe solamente en Cristo, es el objeto de su obra redentora, de su amor, de su gracia vivificadora, esposa unida al esposo. (Cf. Ef. 5, 23,32). Francisco Palau retoma estos mismos textos de Pablo para expresar la doctrina del Cuerpo Místico. *“Cristo, constituyendo cuerpo con todos los ángeles y los santos predestinados para la gloria, es la Cabeza de su Iglesia. «Vosotros –escribe san Pablo a los de Corinto– sois el cuerpo de Cristo». Y a los de Efeso: «Constituyó a Cristo (su Padre) sobre toda la Iglesia, que es su cuerpo» (1 Cor 12,27) ; M.Rel 11, 1 pág. 877), (cf. 1Cor. 12,12).* En la constitución del cuerpo de Cristo hay variedad de miembros y de ministerios. Uno mismo es el Espíritu que distribuye sus diversos dones para el bien de la Iglesia, según sus riquezas y la diversidad de los ministerios (cf. 1Cor. 12,1-11). El Concilio Vaticano segundo incide varias veces en este mismo sentido: *“Y del mismo modo que todos los miembros del cuerpo humano, aun siendo muchos, forman, no obstante, un solo cuerpo, así también los fieles en Cristo (cf. 1 Co 12, 12). También en la constitución del cuerpo de Cristo está vigente la diversidad de miembros y oficios. Uno solo es el Espíritu, que distribuye sus variados dones para el bien de la Iglesia según su riqueza y la diversidad de ministerios (1 Co 12,1-11). (Vat II L.G. 1,7).*

Francisco Palau conoce bien la doctrina paulina sobre el Cuerpo místico, cita reiteradamente a san Pablo, pero le da la dimensión de doctrina experimentada, orada intensamente. Pone el acento en Cristo, Cabeza de la Iglesia, cabeza de su cuerpo místico., pero como descubrimiento experiencial. Podemos decir que el encuentro místico con la Iglesia fue para él, encuentro de plenitud, de madurez espiritual. La Iglesia Cuerpo Místico, Iglesia Dios y los prójimos es el eje en torno al que giran todas

las demás realidades. *“Mi Amada es Cristo Cabeza, con vos y todos los ángeles y santos y justos formando un cuerpo moral que se titula Iglesia.(M.Rel. 2,4 pág. 752) “Tu eres ¡oh Iglesia santa! la congregación de todos los ángeles y santos bajo Cristo tu cabeza. (M.Rel. 1,6 pág. 733) La manera de referirse a la Iglesia cobra una densidad nueva, no son relaciones de conocimiento, son relaciones de amor: “Donde está la cabeza está el cuerpo, donde estoy yo, está mi Iglesia, los dos somos uno: la Iglesia está en mí y yo en ella, los dos somos tu Amada y tu amante. Aquí está tu cosa Amada. (M.Rel. 3,14 pág. 764) De esta relación mística de amor surge con fuerza la dimensión profética de su misión. Hasta la expresión de su narración tiene fuerza profética: – Mi misión se reduce a anunciar a los pueblos que tú eres infinitamente bella y amable y a predicarles que te amen. Amor a Dios, amor a los prójimos: éste es el objeto de mi misión. Y tú eres los prójimos formando en Dios una sola cosa. – Marcha –dijo–, yo te envío. (M.Rel. 12, 2 pág. 887).*

Ahora correspondería desarrollar el tema “Cuerpo Eucarístico de Cristo”. Por la importancia que Francisco Palau da a la vivencia y al desarrollo temático de la Eucaristía, nos ha parecido importante tratarlo en tema aparte. El cuerpo místico de Cristo tiene su máxima expresión en la Eucaristía. Por la comida del **cuerpo eucarístico de Cristo** se hace presente aquí y en este momento histórico en toda su actualidad el cuerpo eclesial de Cristo; se realiza de modo perfecto y manifiesto la iglesia como cuerpo del Señor. Así lo aseguran los textos de Primera Corintios, según los cuales el cuerpo en la cruz, el cuerpo eucarístico y el cuerpo resucitado y glorioso del Señor en el cielo son idénticos.

La Iglesia en cuanto **Cuerpo de Cristo** tiene una misión que cumplir en el mundo, **"anunciar el Reino de Dios"** establecerlo en medio de todas las gentes. La Iglesia constituye en la tierra el germen y el principio de este Reino. Ella es signo e instrumento del Reino: llamada a anunciarlo y a instaurarlo. Esa es la misión que Cristo dejó a su Iglesia. Y exactamente eso es lo que Francisco entendió que era su misión, cuando descubre la Iglesia: *“Puesto que nuestro enlace espiritual es ya un hecho consumado, ya no hay que insistir en materia de amores: tú me amas, yo te amo y el amor es obras” (M.Rel 1,19 pág. 740)*

En el siglo XIX, se identifican Iglesia y Reino. Sin embargo en los evangelios, en Pablo y más tarde en autores cristianos, entre los que encontramos a Francisco Palau, al hablar de la misión siempre apuntan a la misión de la Iglesia como algo distinto de sí misma. El fin de la Iglesia es llevar a cabo la obra de Cristo anunciando y extendiendo su reino. A Francisco esta misión se le confía en nombre de Cristo y de la Iglesia, del cuerpo total: *"Marcha en nombre mío y en el de tu Hija y mi Hija" (M. Rel. 8,39-40 p. 824,). “Es el mandato que te doy” (MRel, 19, 7 pág. 942) (Cf. (MRel, 8,31 pág. 820; (M. Rel. 8, 39-40 pág. 824-825).*

Su llegada está estrechamente ligada a la conversión. Jesús predica que la llegada del Reino de Dios es inminente: *“arrepentíos, porque está llegando el Reino de los cielos” (Mat 4, 17; cf Mc 11, 15). “El plazo se ha cumplido. El Reino de Dios ya está llegando. Convertíos y creed en la Buena Noticia”» (Mc.1,14-15).* En esta misma dirección entendió Francisco su misión en la Iglesia: *"predicar el Evangelio... anunciar al mundo el perdón y la remisión de sus pecados... presentar batalla a ese hombre perdido... lanzar ese demonio de mi templo... “(M. Rel. 1,20 pág.741; 8,39-40 pág. 824; 19,7 pág. 942).* Uno de los textos donde expresa con más claridad su servicio al reino hace

relación a la decisión definitiva de fundar una congregación religiosa *“Mis amadas hijas: He hecho un viaje al alto Aragón y ha sido con gran satisfacción mía, porque allí Dios nos ha abierto una puerta para la ejecución de nuestra empresa hacia el interior del reino”*. (Cta. 99,1 pág. 1200). No solo él como persona individual, también sus hijas, sus seguidores/as están desde los orígenes comprometidas con la obra del Reino, esa es su razón de ser: Comprometidas de forma radical en la misión y en la fraternidad

Jesús a la vez que anuncia el Reino, anuncia los signos del Reino: *“El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor... Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”* (Lc. 4, 18-21)

La Iglesia continuamente nos está invitando a la pertenencia, a la participación y al compromiso con el Reino. Lo hace desde las mismas exigencias, desde la misma radicalidad de vida que nos pide Jesús para seguirle: Solo quien lo estima más que a todas las cosas y lo busca por encima de todo lo alcanzará (Mt. 6.33; 13,14-52; Lc. 12-31). Sólo quienes tienen hambre de justicia, y manifiesta con su vida y su compromiso que la justicia y la paz son valores que verifican la presencia del Reino; quienes viven comprometidos con los que “no cuentan” para nuestra sociedad; quienes son limpios de corazón; los pobres y los que sufren, los no aprisionados por el poder, el tener y la gloria de este mundo (Mt. 5-7), puede entrar en el reino de Dios. La entrada en el reino de Dios significa para los hombres una decisión radical por Cristo (Mc. 8, 34-38; Lc. 14, 26). Quien ha puesto la mano en el arado y vuelve la vista atrás no es apto para el reino de Dios (Lc. 9,62). Sólo quien asume estas radicales decisiones está en condiciones de entrar en el Reino y de anunciarlo a los demás.

Es verdad que en los escritos de Francisco Palau, la Iglesia se equipara al Reino. En la misión concreta distingue el reino y la Iglesia. La iglesia está en función del Reino, que en su momento era el futuro, la nueva Jerusalén, la Jerusalén celestial. La misión de la Iglesia es anunciar el mensaje de Jesús, la conversión, el perdón de los pecados, para entrar en el Reino. La llamada a una renovación y transformación se extiende a todos los hombres y a la sociedad. Entrar en el «movimiento» del Reino de Dios es acoger, desde ahora mismo, este anuncio formidable: Dios está aquí, con el poder de su amor, para renovar totalmente este mundo. Esta es la misión que Jesús dejó a la Iglesia: ser la levadura que fermenta toda la masa. En la medida que la fraternidad se haga presente, en la medida que los creyentes pasemos el juicio del Reino: Tuve hambre y me disteis de comer, sed y me disteis de beber, estuve desnudo, en la cárcel..., el mensaje será creíble y el Reino será más visible. *“El amor a los prójimos... trae el alma de la soledad y la vuelve al mundo, para salvar al mundo. Enseñar al que no sabe, visitar los enfermos, socorrer a los pobres, vestir al desnudo, dar de comer al hambriento, etc. Estas son las obras del amor de la caridad de los prójimos.* (Cta. 99,3 pág. 1201)

Francisco Palau nos pone ante la exigencia incondicional de introducirnos en el misterio de comunión eclesial, para ser profecía fecunda de la fraternidad en el mundo. Es nuestra llamada a construir el Reino.